

RELATOS DE EMMANUEL

ES PROPIEDAD DE
EDITORIA NOTICIA S. A.
GUAYAQUIL - ECUADOR

ENRRIQUE GIL GILBERT

RELATOS DE
EMMANUEL

EDITORIA NOTICIA S. A.

1939

OTRAS OBRAS DEL AUTOR:

LOS QUE SE VAN.- Cuentos del Cholo Montu-
tuvia. Joaquin Gallegos Lara, Enrique Gil
Gilbert, Demetrio Aguilera Malta.

1ra. Edición Guayaquil 1932.

YUNGA Cuentos

1ra. Edición, Editorial Trópico, Guayaquil 1936

2da. Edición, Editorial Zig Zag Santiago de
Chile 1938.

PROXIMAMENTE:

NUESTRO PAN, NOVELA

MI HERMANO EMMANUEL

Emmanuel es hermano mío. No se me parece absolutamente en nada. Es alto, ancho; su pelo tiene el color de la tierra rojiza de arriba, donde los ríos recién vienen tiernos. Sus ojos verdes son especiales. No recuerdo haber visto otros ojos así. Los ojos, que, como los suyos, han visto mucha vida, son ojos aletargados, cansinos, tristes. Tienen no sé qué tristeza de ruina. Empero, los ojos de Emmanuel son tranquilos, serenos, abiertos. Así son también las tardes en el mes de julio sobre el mar cálido de nuestra costa. Emmanuel ya no deja ver la luz de las palabras en sus ojos; y, sin embargo, su palabra no es muerta. Pero es una palabra mascada, dicha luego de domarla, haciéndola sonar algodonosa. Jamás grita, nunca se enronquece.

Yo recuerdo el día que mataron a nuestro padre. Aún estábamos tensos, tratando de levantarlo. Sentíamos llegar hasta nuestras manos su sangre estremecida que barbotaba ardiente de su pecho y espalda. Parecía un toro herido, su cabeza tronchada, su barba mojada de sangre, su pecho abierto, su voz ahogada, quebrado como un laurel, en la mitad del cuarto. Mi tío Augusto, el hermano de mi madre, disparaba, como hombre, en pampa limpia, al polvo que alborotaban los caballos de los asesinos. Había uno sembrado cerca del platanal nuevo, pero no sabíamos quién se lo había bajado. Cuando se decía que Augusto, él callaba. Cuando se decía que mi padre, ¿quién oiría su voz?

Estábamos en el laberinto, yo apuntalando su espal-

da con mis hombros de bejuco, mi hermano Narciso secándole las heridas con un trapo y mi madre rezando y llorando a gritos. Entonces llegó Emmanuel. Subió de un salto a la casa. Se acercó caminando como un caballo fino: ni atropellándose ni medroso. Cogió a mi padre por las axilas, lo alzó con un brazo y con el otro, libre la mano, acarició la frente enverdecida de mi padre. Afrontó su mirada lívida y para siempre oscurecida con el platanal y la polvareda retratadas en sus pupilas. No siquiera giró la cabeza, Emmanuel. Lo levantó del suelo, lo llevó hasta la cama.

—Traigan su mejor ropa.

Lo vistió rápido, lo acostó estirándole las piernas, cruzándole sus manos sobre el pecho, cerrándole los ojos y ajustándole con el pañuelo del pescuezo la mandíbula guindada. Ya no había que preocuparse de la sangre cuajada sobre su pecho peludo.

—No se preocupe por nada, señora.

Así habló a mi madre. (Emmanuel no es hijo de ella. Acaso con muy pocos años él es menor).

Y luego, cuando Narciso y yo no pudimos apretar más el llanto y se nos fué gritador y abatido, Emmanuel se nos acercó, nos levantó del suelo y nos llevó afuera, al corredor de la casa y nos dijo:

—Pobrecitos, tan criaturitas, ¿cómo han de soportar un dolor tan fuerte?

Esto es demasiado, pobrecitos!

Nos encaró, nos pasó las manos por la cabeza, y, dirigiéndose a mí:

—Esto es lo más duro para un hombre, pero tú ya comienzas a ser hombre de verdad y tienes que dominar tu pena y serenarte, porque si no, ¿qué va a ser de tu

hermanito y tu mamacita? Desde ahora tu comienzas a ser el jefe de la casa.

Y en sus ojos no había ni la más remota esperanza de una lágrima. Solamente su cerco estaba cárdeno y sus pupilas brillaban como agua asoleada. Después, en el silencio de la casa donde había muerto el padre, silencio vacío hasta de los rezos de mi madre, los pasos seguros, largos, apagados de Emmanuel que se iba.

—No se preocupe por nada, señora.

Había ido hasta el pueblo de La Encenada. Habló con el médico y el Teniente Político. Egresaba con todos los papeles arreglados. Alto, vestido como un guayaquileño, su blanco pantalón de montar, sus botas altas hasta las rodillas, venía en la proa de la canoa, de pie. Traía, además, el ataúd, lo mejor que encontró en el pueblo y certinas y velas. Traía cigarrillos y cognac. Me llamó desde el barranco.

—¡Ey, Albertillo, venga acá!

Yo iba con el llanto ardiéndome en los ojos, la nariz y la garganta. Sentía como si me hubieran sacado las entrañas, como si hubiera tenido apretada la cabeza y de pronto me la hubiesen aflojado. Recibía los paquetes y me iba, andando como ternero recién marcado.

Emmanuel ordenaba a los peones que saltasen las cosas. Algunos, remolones, se lo quedaban mirando. Era seguro que pensaban que él no era más que un avenido. Era seguro que él sabía lo que pensaban. Miraba a los remolones y decíales, sin congestionarse ni gritarles como solía hacer el difunto mi padre:

—Epa, amigo. ¡La pena no es para no trabajar! Vamos, que hay que arreglar el velorio

Venían a caballo los Ruata. Venían apurados y lle-

gaban sofocados, miraban a todos lados, iban donde mi madre. La pobre no lloraba ya, suspiraba desde muy adentro y miraba el cadáver. Acariciaba el pelo negro, abundante, fuerte, de mi padre. Ese pelo ahora agrisado, que caía laxo. Ese pelo de muerto. Pasaba sus dedos finos, blancos — mi madre es blanca, catira, ojos castaños — igual a como acariciaba a mi hermano. Los Ruata, con los sombreros en las manos, desde la mitad del cuarto miraban el cadáver sin decir nada. Mi tío Augusto, sentado en un rincón, con las piernas cruzadas, fumaba cigarro y tenía el pelo zambo alborotado y caído sobre los ojos inyectados, como un tizón de rojos. Los zambos se atascan en la pena y mi tío Augusto es zambo.

En una canoa grande apegaban al barranco las Oñate, tres viejas sin maridos, y venían todas ellas azarosas alborotando peor que catarnicas. Subieron y gritaron a ver a mi madre:

—¡Ay, Matilde, qué desgracia!

—¡Hija, pobre tú, qué cuadro de criaturas te queda!

Al ver a Emmanuel hicieron una mueca como alejándolo. Es que Emmanuel no sólo no es hijo de mi madre, sino que mi padre se había casado únicamente con mi madre. La de Emmanuel era conocida como la que fué moza de don Alberto Espinoza. Emmanuel nada hizo cuando las viejas lo ladearon. Continuaba ordenando que barrieran y limpiaran el cuarto en que iban a velar a mi padre. Mi madre lo miraba; lloraba más entonces. El regresaba a ver al difunto, lo miraba parado en su delante, cruzado de brazos, abierto de piernas, los ojos limpios, la frente desmontada de pelo. Tranquilo, solamente miraba al difunto. Una de las Oñate, se acercó al oído de mi madre y viendo a Emmanuel, le murmuró un secreto. Osters

taba su desprecio a mi hermano. Y mi madre lloraba a desesperarse.

Emmanuel me llamó.

—Ven, ayúdame a ponerlo en la caja.

Yo temblaba. Quise cogerlo y sentí sus piernas gruesas frías, más frías que culebras y me quedé con las manos alzadas. Había gritado como un chico que ve un aparcido. Emmanuel me cogió, me abrazó, pidió agua y me dieron a beber agua del carmen. Pero no fué el agua del carmen lo que me calmó, fueron los ojos de Emmanuel, su cara serena.

Llamó a mi tío Augusto:

—Señor Riera, tenga la bondad, que mi hermanito no puede; ¡es tan criatura!

Mi tío Augusto, con su cara de zambo borracho, lo quedó viendo. Emmanuel sonreía. Era que a mi tío Augusto le parecía inselento que mi hermano me dijese hermano y dirigiéndose a él, al cuñado legítimo de mi padre. Emmanuel seguía sonriendo. Yo no podría decir hasta ahora si sonreía de pena o de burla. Pero Emmanuel siempre sonreía así. Sobre todo en mi casa, delante de mi madre, porque ahora ya son amigos — siete años de la muerte de mi padre — desde que murió su madre de él.

De esto, es todo lo que me acuerdo. Y es lo único que yo escribo. El resto es obra suya. Aquí, en mi delante, tengo un cuaderno de papel fino con pasta de cuero de culebra. Al abrirla está la clara letra vertical de mi hermano Emmanuel. Hasta la letra que él escribe tiene su facha. En el texto no hay una sola mancha ni una enmendadura.

Recuerdo textualmente sus palabras:

—Yo salgo mañana confinado. Ten tú esto. Léelo.

Ojalá te sirva de algo. Y sobre todo, esto es más que un retrato hecho por un fotógrafo.

Fué entonces que me abrazó. Me quedó mirando, con sus manos sobre mis hombros. Y su sonrisa. Y el color cárdeno en el cerco de sus ojos verdes. Su barba rubia, crecida, parecía cobre de paila nueva.

—Te voy a extrañar mucho, le dije.

Y él, en silencio, me apretó muy fuerte sobre su pecho ancho como el río Guayas.

Ahora que ha muerto, publico todo. Desde sus relatos hasta su última carta. Nada más que por ese sentimiento hacia nuestros muertos queridos que nos hace dar su fotografía a los diarios, escribir recordándolos y hablar bien de sus buenos actos.

Como su vida toda es buena, publico lo que él mismo escribió de ella.

II

EL HOMBRE QUE ERA MI PADRE

Cada vez que estamos ante un muerto aparece en nosotros el deseo intenso de meditar. Pero a la vera de la muerte mentir es blasfemar. Cuando estamos ante un cadáver humano nos sobrecogemos como los religiosos ante Dios: Y yo estoy solo ante el cadáver de un hombre que había sido mi padre. De él solamente sé eso. No he tenido afecto alguno para su vida. Venía a conocerlo y me encuentro con su muerte. De su vida me queda nada más que la repulsión de su esposa, creciendo en su dolor hasta casi abrumarme, pero que ella silencia y ahoga en llanto y rezos; el desconcierto de mis hermanos pequeños. Ellos saben que yo soy hijo de su padre y no sienten mi hermandad.

He venido a mi padre, la única vez en mi vida, ahora a los veinticinco años, contra mi propia voluntad, a pedir algo que me correspondía.

¿Por qué vine? Alguna vez, hasta aquellos que somos como cacto, solos ante la pampa abierta, nos acobardamos. La sombra de la noche es casi el ala de la muerte. Pero la sombra de los ojos que se mueren y desean vivir es más. Yo la ví hace cuatro noches. Mi madre me llamó muy quedo. Era en el cuarto de paredes de caña por cuyas rendijas entraba el taconeo de un hombre caminando en media calle. Estaba ante mi pequeña mesa, frente a mis libros, delante de una ventana. El viento frío de la noche rozaba en mis sienes. Veía la calle negra, los postes largos y cabezones de focos. Y las casas con las ventanas cerradas, quietas, paradas como un barranco de ojos cerrados.

Mi madre yacía en su cama. Su voz, débil, temblando como un grito, me llamó susurrando. Cuando estuve en su delante, emergieron hacia mí sus largas manos pálidas, torcidas y sus brazos cuya piel parecía túnica sobre sus huesos fuertes.

Sentado junto a ella, mi cabeza de hombre, infantil para su ternura, entre sus caricias, hube de ver la mirada más honda de su vida, al borde de la muerte que sentía en sus entrañas.

—Anda a verlo. Anda a verlo. Te lo pido y es lo último que te pido. Termina tu educación, da tu grado. El tiene qué darte. Es tu padre.

Y yo lo odiaba. Por este cuerpo de mujer envejecido del que tomé todo. Por esta carne ahora agonizante, encogida como fruta seca que él estrujó cuando era henchida de fuerza. Por este llanto que él hiciera para siempre en los ojos que se humedecían solamente al verlo. Y por este poco de vida que soy y que ella dió de su entraña, ciega, amorosa, sacrificando lo que él deseaba en ella.

He venido a encontrarme con este hombre muerto-asesinado. Con el dolor de su esposa e hijos. Ellos no esperaban su muerte. Y sólo él me esperaba. ¿Por qué llegué a esa hora? He visto morir al hombre que era mi padre. Cuando me vió un anhelo desesperante llenaba su mirada sin luz. He cerrado sus ojos. Y como miré a sus pupilas, encontré retratadas en ellas mi cara. Nunca quiso verme. Y hubo de llevarse mi retrato hasta la muerte en sus ojos que no tuvieron miradas para conocerme.

Ahora, en el campo, solo, velo el cadáver. Estoy ante la noche de la tierra. El viento frío pasa mugiendo y muerde los aleros de la casa. Aúllan los perros en el portal. Desde el fondo de la noche, aceitunada por la luna, viene

el canto del madreluna y es como un hombre que clama.

He de decirlo todo. Aún con el dolor de escribirlo. Pero necesito deshacerme de estas vidas que sin ser mías son mías y me atormentan y me pesan. Sobrecogidos por la muerte, sólo decimos lo que es verdad.

La primera vez que sentí que mi padre no era mi padre fue en la escuela.

El sol entraba ancho de la calle polyosa. Chirriaba el eje de una carreta. La voz del carretero era voz clara y marchita, voz de sed. Sobre el pizarrón negro de la clase riolaba blanco el sol de la calle. Veía el mapa del Ecuador y ante él la cabeza de pelo lacio y negro del maestro. Sus lentes le agrandaban los ojos hasta hacerlos como los del sago.

Reía con labios finos, delgados, burlescamente. Preguntaba la fecha de nuestro nacimiento, nuestros nombres y la ocupación de nuestros padres.

—Su nombre completo, Zarabia.

—Emmanuel Zarabia, señor.

—No tiene otro nombre?

—No, señor.

—¿Sus apellidos?

—Zarabia, señor.

—¿Y el materno?

—¿Qué materno?

—¿Cómo se llama su madre?

—Consuelo Zarabia, señor.

—¿Y su padre?

—¿Mi padre?

Al mirar la clase veía ojos de niños, bocas de niños, manos de niños, todos pendientes de mí. Me veían asombrados. Yo no tenía padre, no tenía nada más que el nom-

bre de mi madre.

—¿Su padre es muerto?

—No sé, señor, no sé.

Sentí lágrimas calientes como humo y ardientes como limón. Y las palabras secas de pronto se hinchaban en la garganta.

—¿No tiene sino el apellido de su madre?

—Nada más que ése, señor.

Veía un chico de clase. Un chico vestido de sedas, rubio, que siempre iba acompañado de sirviente a la escuela. Veía congestionado, tosiendo, chillando.

—Es hijo natural el cholo.

Me senté. Veía tan sólo ojos de niños con miradas de amor, de asombro, de espanto.

—Zarabia no tiene papá.

—Zarabia nunca ha tenido papá.

—¿Nunca va tu papá a tu casa?

—El mío no vive aquí, pero escribe y manda plata.

—Al mío lo mató un tranvía, pero tengo padrastro.

—El mío es médico.

Mi madre sintió mi llanto. Vino a mí. Me sentó a mi falda, me puso sobre su seno, me cubrió con sus manos.

De adentro, desde esa mujer que cosía sola, que me miraba con ternura y que nunca lloraba ni se quejaba, que únicamente rezaba, rezaba, y cogiéndome la cabeza en sus manos, me besaba la frente y decía

—Que Dios me lo haga buenito! — desde allí, nada más, porque hasta entonces yo no tenía otro pasado, vino mi primer llanto de hombre. Y lloré sordamente, sintiendo la angustia crecer en mi pecho, crecer, crecer hasta hacerme gemir a gritos.

Este es el primer recuerdo que tengo de este hombre que es mi padre y ante cuyo cadáver estoy.

No quisiera acordarme de esto. Desearía que el silencio sea tan absoluto que llegue hasta el pensamiento. ¡Ah, cómo pudiera abatirme tanto con su muerte que no recordara nada!

La soledad que él hizo en mi vida está aquí. Entre su muerte y mi vida. Se está llenando de mi recuerdo suyo. Aquí está, inerte, callado por siempre. Y yo recordando todo, implacable a pesar de mí mismo, que quisiera poder llorarlo.

La noche de esa tarde pasé la primera vigilia llena de angustias y terrores. Reía el gordo con su risa de pito. Y la fina sonrisa del maestro. Y los ojos de mis compañeros, ojos deslumbrados, viendo ingenuamente cómo desnudaban mi dolor ante todos que veían cómo mi corazón se apretaba y cómo se enfriaba mi garganta. Y volví a llorar allí, solo, contra mi almohada, solo con mi primer dolor de hombre, temblando de miseria, sin en quién refugiarme, ocultándome de mi madre. Pero sintió mi llanto y saltó de su cama. Rompió su oración y se vino a mí. Me

sentó en su falta, me puso sobre su seno, me cubrió con sus manos.

—¿Qué te pasa, corazoncito, por qué lloras?

Sus manos temblorosas acariciaban mis manos crispadas. Su boca fría de inquietud besaba mi frente encendida de llanto.

—¿No tienes un trompo? ¿Te falta un cuaderno? ¿Quieres una camisa? ¿Quieres medio?

No. Lo sabía. Ella tenía que saberlo. Pero le aterraba que así fuera. Y hube de decírselo, prendido a su cuello, apagando mi grito para que no oyeran los vecinos.

—¿Por qué no tengo padre si él no ha muerto?

Pálida, con sus labios mordidos y sus ojos empapados en lágrimas, temblando, dilatadas las pupilas, con la boca abierta, me miró. Al fin vino su voz, voz oscura, sin rencor, y en ella la verdad, arrimada en mí, buscando mi protección cuando yo buscaba la de ella.

¿Quien cree que el amor es malo? Viene cuando los naranjos están en flor y las campanulas son del color de las noches de luna. Los ciruelos están rojos y el aguaje del río es grande. Ella lo veía venir así. Sentada a orillas del río, oyendo el canto de la caracola que se iba entre sus vueltas. Venía mi padre montado en alazán, joven, fuerte, moreno, haciendo caracolear el animal y tintineando el machete contra la montura. Reía con su boca fuerte. Mostraba sus dientes blanquísimos de negro. Hendía el suelo con espuelas de plata.

Ella le tendía las manos y al contacto de las varoniles sentía su sangre como si tuviera soles. Y sonreía con la cabeza inclinada.

—Para mi niña estoy levantando casa con corazón de guayacán y tengo sembrío de café, y para la primera co-

secha nos vamos en mi alazán.

Después que canta el bujío, tamboreando la sabana, riéndose de los aparecidos y amigueando con los muleros, llegaba a cantar bajo la casa. Hablaba la guitarra en sus manos. Y regresaba riéndose al paso de su caballo razano. ¿Quién cree que el amor es malo?

—Alberto, Alberto, tengo en mi dentro un niño tuyo!

El no reía. Agachaba la cabeza. Prendía un cigarrillo. Y se iba al paso de su caballo, con un poncho de polvo guindándole de los hombros. Ella había de quedarse para siempre mirando sus espaldas y el anca del alazán, sin que nunca viera la trompa del caballo ni la frente de mi padre.

—Y ése eres tú, hijo. Nacistes para la Navidad. Por eso te puse Emmanuel y mi apellido.

Tenía yo ocho años. Esa noche no me acurruqué en el regazo de mi madre. Puse su cabeza en mis muslos y acallé su llanto hasta la madrugada.

No lo conocía. No quise conocerlo. Si lo hubiera visto, ¿qué habría hecho? Sentía su odio hacia mí.

Y aquí estoy velando su cadáver. He de acompañar su vuelta a la tierra, entre dos extraños, hermanos míos, y el odio y repudio de todos los demás.

Este hombre era mi padre. Ya no es nada.

III

JUNTO A LOS ESTANTES. BAJO LOS ALGARROBOS

Un grito apagado. Un sollozo. Un llorar con la mano apretada a la boca.

Yo tenía ante mí y estaba sumergido en él, "Juan Cristóbal" de Romain Rolland. El sol entraba a las dos de la tarde a mi cuarto por la única ventana. Caía sobre el suelo y entre su luz flotaba, yendo y viniendo, polvo de oro. Cantaba en el patio de la casa una muchacha lavandera. Un niño gritaba. Mi madre cosía en la puerta que de su cuarto pasa al corredor.

Y la chica que lavaba dejó de cantar, el niño quebró su grito y la máquina de mi madre cesó en su ronroneo. Solamente el gancho de la hamaca en que siempre se mecía el sordo Murillo, seguía en su carraspeo: rac, rac, rac, rac.

—¡Mi hijo! ¡Ay, mi hijo!

Claramente, nítidas las palabras, en el silencio que había hecho el sollozo, nítidas como este sol de noviembre. Dejé mi "Juan Cristóbal" y salí. Estaba al frente, al otro lado del patio, Graciela, la negra, con su vientre henchido, con las manos mantecosas, de pie en su puerta. Bajo su brazo sacaba su cabeza zamba, Ovidio, su hijo. Por una ventana que tomaba el sol húmedo del patio, el pa-madero Osorio, gordo y maldormido, enseñaba su cabeza rala de cholo. El talabartero Buendía dejaba de clavetear una montura y alzaba su vista al corredor. La lavandera se secaba las manos con el canto de la falda y decía:

—¡Jesús!

El gancho de la hamaca del sordo Murillo conti-

suaba tosiendo: rac, rac, rac, rac,

—Ave María Purísima!

—¡Ay Dios mío lindo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo de mi alma!
¡Mi hijito lindo de mi vida!

La voz temblaba. Un alarido igual a ese no se oye ni en el cementerio. Tal vez algún animal aúlla así ante otro que lo devore. La voz, entre el sol, la humedad del patio de piedra, acallaba hasta el chorro de la llave de agua.

Graciela corría por el pasadizo, limpiándose las manos en las nalgas y caderas.

—Socorran a esa pobre mujer, el hijo tiene ataque.

José, el pulpero, salió por la puerta trasera de su tienda a ver el corredor. Mi madre pasaba ante mí murmurando:

—Santo Cristo! Santo Fuerte! Santo Inmortal!

Un heladero tapaba su cubo y no le vendía a un muchacho que le extendía su medio.

Sólo el gancho de la hamaca del viejo Murillo carraspeaba: rac, rac, rac, rac. Se oía crugir la casa vieja. Las tablas del piso sueltas como teclas de piano, pisadas por el apuro de Graciela y de mi madre, trinaban. Los escalones eran como bombos para el tropel de pies que subían apurados. La mujer del talabartero llegaba con un vaso de agua con raíz de valeriana. Un policia venía abriéndose paso con ajos y empujones.

—Permiso! No corra, señora!

—Déjeme pasar!

—Le ha dado un ataque.

—Se le ha muerto un hijo.

Un muchacho recogía su trompo del suelo y le echaba a otro que se acercaba arreglándose los tirantes del

pantalón:

—Al hijo de esa de arriba le ha dado perniciosa.

—¿Y de qué?

—Del frío y del calor.

El llanto era ahora desbordado, a grandes gritos convulsivos. Lloraba esa mujer, hipando. Me acerqué hasta la puerta. Arrinconada contra la pared, caído su pelo largo sobre su hombro, su cara sobre su brazo, remeciéndose toda, gemía, aullaba. Mi madre se acercó a ella. La llamó tocándole un hombro. Ella se le prendió con sus manos crispadas, hundiendo la cabeza contra el cuello de mi madre.

—¡Mi hijo, señora Consuelo, el hijo de mi alma!

Iba su voz enronqueciéndose. La luz que entraba por la puerta se apagaba y crecía en ella un murmullo humano. El policía entró.

—¿Qué le pasa, señora?

La mujer temblaba, abrazando a mi madre. Su pelo ondebaba sobre sus hombros, en su cintura, en sus flancos. Un pelo negro, fino, abundante. Sus manos mate y delicadas apretaban la espalda de mi madre.

—¡Es mi hijo, señora! ¡El hijo mío lindo, señora!

Sus ojos abiertos tenían la luz, la negra luz del dolor que le quemaba su entraña. No veía nada. Ya enronquecida la voz.

—¡Mi hijo de mi alma! ¿Por qué se lo lleva? Por qué, si es mi único consuelo? Señora, ¡mi hijo lindo!

Busqué en el cuarto. No estaba el niño en la cama de ella. Allí no había más que unos pañales. Ni en su pequeña cuna: en ésa solamente había un cascabel. En ninguna parte. No estaba el niño.

—¡Ay, hijo de mi alma!'

—¿Y el chico? ¿dónde está el chico?

El policía, abriéndose paso, sacaba del bolsillo de su casaca papel y lápiz.

—A ver, señora, ¿qué ha pasado?

—¿Lo habrá dejado en la Maternidad?

—A lo mejor, y ya muerto lo han enterrado no más.

—Pobre mujer!

—Así son en los hospitales éstos!

El policía coge a la mujer por el brazo y la separa bruscamente de mi madre.

—¿Qué es de su hijo? ¿Qué le ha pasado?

Ella mira al policía. Está pálida. El color cárdeno de la madrugada rodea sus ojos brillantes de lágrimas. La mirada triste envuelve al policía. Sus ojos cafés parecen mirar hacia adentro. El policía no sabe qué preguntar. Tengo que ir hasta él y decirle.

—Mire, deje ahora a la señora. Yo me responsabilizo de todo.

El me ve.

—Está bien, mi jefe, pero déme su nombre.

Yo le doy mi cédula de identidad.

—Haga el favor de hacer salir a esta gente.

De hoy en adelante no he de llamarte en otro nombre que Mara. Mara! Con tu pelo negro cayendo ondulado sobre tus hombros ágiles, sentada frente a mí, tus párpados de uva llenos de lágrimas, cogida a mis manos, con tu boca carnosa amargada, con tu nariz recta temblando como el pecho de un ave, me lo contaste todo. Yo sabía que ése era tu remedio. Ni agua, ni inyectables, ni rezos. Mara, tenías que contarle todo a alguien. Y tuviste fe y confianza en mí, me confiaste algo más íntimo que tu amor, más íntimo que tu desnudez. Me confiabas el dolor

Fuí el primero en oír tu llanto cuando caías vencida al martirio de tu silencio. Y sin embargo no pude adivinar antes tu tragedia. La noche que nos encontramos en la baranda del corredor, tú mirando la luna y yo loco de insomnio no lo advertí en tu palidez ni en el frío de tu mano ni en tu voz enronquecida. Pero ahora te he visto a través de las palabras mojadas en llanto.

La primera tarde subías con tu sombrero negro en la mano, riendo. Traías un paquetito: un pastel para tu hijo. Contestabas el saludo del talabartero. Oías el ronquido de la hamaca del sordo Murillo. Pasabas ante mi madre saludándola y ella suspendía el abejerro de su máquina para contestarte. Cantaba en el patio la muchacha lavandera. El longo del piano ambulante hacía bulla en la mitad del patio y los chicos no gritaban jugando a los trompos, sino que miraban los meno

Tu ibas pensando en la sonrisa de tu niño. Te inquietabas por si estuviera muy sucio o no le hubiera dado la muchacha el alimento a su hora. Entraste a tu cuarto.

Te pasaste la mano por tu mejilla de durazno. Ibas a quitarte los zapatos para que descansaran tus pies, pero no lo hiciste. La hamaca estaba vacía. La cama tendida sin el alboroto del niño. En el suelo ese cascabel que yo ví en su cuna vacía. No había papeles ni charcos de orines en el suelo. Pensaste en una broma y lo buscaste.

Pero la puerta no lo escondía. Inquieta, miraste el ropero. Mas su silencio era completo. La silla estaba quieta. Bajo la cama sólo había sombras. La cómoda parecía de piedra. Sólo tu corazón galopaba y hacía estruendo en medio de ese cuarto tan tuyo que de pronto no tenía idioma para tu sentimiento. Salías al corredor y preguntabas a mi madre.

—¿No ha visto a la chica con mi hijito, señora?

—No, niña, no la he visto.

Caminabas por el corredor. Preguntabas al talabartero.

—No.

Preguntabas a la lavandera.

—No.

—No.

Preguntabas al pulpero.

Preguntabas a la negra Graciela.

—No.

—No.

—No.

Y en tu garganta sólo cabía una palabra que era antes dulce y comenzaba a amargarse:

—¡Mi hijo!

Tu sangre iba y venía rápida, como el remolino de un río. Pero tu piel se enfriaba y sudabas como hielo.

—No.

—No.

—No.

La palabra entraba campaneando en tus oídos y clamaba en tu cabeza. Te dolía el cerebro. Te dolía el pecho. Tus senos se estremecían, tu vientre temblaba. Recordabas, mientras caminabas, a un hombre. Era rubio, pequeño, delgado. Sus labios finos sonreían y parecía una raposa. Sus ojos miraban gelatinosos.

—Mi hijo tiene que estar conmigo a las buenas •
las malas.

Lo habías visto antes temblando por tí. Habías sentido sus manos largas, escamosas, sobres tus brazos duros, duros como pulpa de coco, trinantes como cristal de azufre. Lo habías visto con la boca torcida y gimiendo por tí. Y cuando tú necesitabas una caricia, él prendía un cigarrillo. Y cuando anhelabas una promesa y un beso, te solicitaba un vaso de agua.

Más tarde

—Tienes que darme a mi hijo.

Una noche vino arrastrándose como una culebra. Si lo hubieras visto en la noche, medio iluminado por la luz pálida de la esquina, te habría parecido una lagartija. Yo lo ví hablar con la muchacha y darle dinero. Pero como era el padre del niño no me extrañó.

Mas, ninguno, ni aún Mara, ni yo, vimos cuando la muchacha iba con su robo, ocultándose temerosa, huidiza y espantada como todo ladrón. Tu niño iría contento, riéndose, jugando con sus manos y sus pies. Ahora estará llorando. Le hará falta el calor de tu cuerpo, el olor de tu carne. Y tu ternura, más que nunca ausente por el ajeteo de manos extrañas.

Ahora estás sola, vacía, dormida aquí, cerca mío,

bajo el amparo desolado de otra mujer cuyo dolor es hermano del tuyo. Pero cuyo hijo está a su lado. Por lo menos yo tuve el odio del hombre que era mi padre y ella no tuvo el repudio de su maternidad sino el abandono.

Mara. Mara. Es la noche. Aquí están mis libros. Aquí mis papeles de escritor. Aquí la ventana abierta donde veo las estrellas. Oigo el carraspeo de la hamaca del sordo Murillo. Una guitarra lejana está bordeando la noche. Tú duermes bajo el amparo de mi madre, Mara. Han venido los vecinos. El panadero Osorio te ha dejado unas palanquetas. Preguntaba cómo seguías. Pobrecita! — ha dicho. La muchacha lavandera, allá abajo en la escalera, le ha contado tu desgracia a su enamorado. El talabartero Buendía ha ido conmigo a la pesquisa a denunciar el caso. Y Graciela no hace mucho rato que se ha ido. A pesar de todo tú estás sola. No tienes tu hijo. ¿Qué pesquisa recuperará ese robo?

jo anhelante. Los libros en que leo. La ventana y el cielo estrellado. Pero en mi libreta, que nadie leerá, yo me desahogo de tu angustia, María. Y aquí y para mí, no te llamaré de otra forma:

—Mara, amargura!

IV. LA ESPOSA DE MI PADRE

Ayer he ido donde usted, señora Matilde. He ido a darle el enojo de estrechar su mano. Ha tenido que sopor-
tar al hijo ése que desveló tantas noches su amor. Usted
no ha podido dormir cuando era una joven virgen enamo-
rada de aquel moreno Alberto, alto, fuerte, decidor.

Una vez llegó hasta su casa de guayaquileña rica, una
buena señora, de tanta plata como usted, de tantos nom-
bres como usted, y le habló en francés, en el francés que
aprendieron en Francia en un colegio de monjas. Me ima-
gino la escena. Estaban en el corredor de aquella grande
casa antigua, de patio en medio, con flores y macetas en
todo el claustro asoleado. Y canarios que cantan.

Su amiga vestía sencillamente lujosa, olía tan bien
que su perfume valdría mucho dinero, así como el de us-
ted, señora Matilde, que entonces era una señorita juga-
dora de tennis, lectora de novelas de Pitigrilli, y sabía po-
ner una cara de asombro a todo y preguntar con encanta-
dora ingenuidad por qué las cosas no eran como en Fran-
cia.

Su amiga le preguntó cómo iban los amores con mi
padre. Iban bien, naturalmente se casarían. Estaba pen-
sando en el modelo de su lindo y costoso vestido de novia,
el blanco vestido que simboliza su pureza, su insomne pu-
reza de virgen rica y perfumada. Pero su buena amiga
introdujo la primera mala cosa en su vida. Le contó que
yo era hijo de su novio, del culto caballero a quien daría
su perfumado cuerpo y el orgullo de tener una linda y je-
ven mujer educada en París. Se lo dijo allí en el claustro

asoleado y sin embargo fresco de su antigua casa de maderera, entre el cantar de sus canarios. Usted lloró, comenzó a odiarme. No odiaba a su novio, mi padre, sino a mí, el que traía en la sangre, heredado de mi madre, por supuesto, la mala entraña del pueblo. Cuánto mal le he causado desde entonces! Cuántas malas noches! Cuántos disgustos con el caballero su esposo y mi padre!

Ayer al verme por segunda vez ha llorado. Estrechó mi mano. No sé si yo tenía rabia o angustia. No sé. Usted amaba a mi padre, lo creía perfecto y yo soy la prueba de que no lo era.

Usted debe ser poco mayor que yo: aún no tiene treinta años y tengo veinticinco. Me ha mirado en su sala, ahora en penumbra, porque ya no sonarán más los pasos de su esposo; donde los cuadros están con crespones negros y donde usted, viuda, llora enlutada y sus hijos sufren. Usted ha tenido que darme la mano, señora Matilde. He podido verla con su vestido negro y severo, y sus ojos enrojecidos del llanto, oponiéndose a su carne blanca y su pelo claro. Cuánto la hago llorar! Me ve y llora y sus hijos también.

Dice que me ha llamado para darme las gracias. ¿Por qué?

No, señora Matilde, no. Mi madre, su mala mujer, y yo, aquel que anheló el dinero de sus hijos, le causamos muchos trastornos en su apacible vida. Mi madre ha tenido un hijo de su esposo sin ser casada con él, y yo soy aquel engendro. Véame ante usted. Sé hablar, sé oír, sé pensar. Soy de carne y en lo corpulento me parezco a su esposo. Estamos frente a frente en silencio. Este silencio que yace entre nosotros es El. Respetémoslo. No lo turbamos. Si aún viviese y nos viera aquí, se enfurecería.

No llore, señora Matilde. Nada tiene que agradecerme ni qué darme. Yo soy su amargura. No sólo es la muerte de El. Pero no se mortifique. Hasta tengo el apellido, el mal apellido de la mujer ésa, que es mi madre.

Al fin me levanto a interrumpir su llanto. Me atrevo a darle la mano. Usted me la recibe y clava sus ojos en mí. Sus claros ojos brillantes de lágrimas con la mirada húmeda, la mirada hecha para verme.

Ninguna mujer puede mirar a un hombre así.

Se levanta poco a poco, ya está su cara frente a mi pecho, alza su cabeza hacia mí, su llanto se torna silencioso. Su hijo Alberto está entre los dos, cogido de su falda y de mi pantalón.

—Ñño!

Me grita ñño y yo me agacho a abrazarlo. Se prende a mí. Lloro y dice:

—Ya se fué para siempre mi papito!

Tengo miedo, cuando no te veo, ñño Emmanuel.

Me he sentado en una silla y lo he puesto sobre mis muslos, lo acaricio.

—No hay por qué tener miedo, ¿qué le va a pasar? Yo procuraré venir a verlo siempre.

—¿Todos los días?

—Todos los días.

Usted, señora Matilde, que también es madre, ha frenado su repugnancia por mí y no ha querido darme las gracias sino que venga a calmar a su hijo. Lo he oído en su mirada baja, y el llanto en lágrimas sobre las mejillas y le he prometido venir.

Luego, en mi cuarto, al llegar, me quedé turbado como un chico. Cantaba la muchacha lavandera. Se oía el martilleo del talabartero. El rac rac de la hamaca del sor-

do Murillo, el ronroneo de la máquina de coser de mi madre. Yo estaba de pie ante ella. Ella me sonreía.

—Vengo de donde su esposa.

Mi madre sonreía, siempre tristemente.

—Me mandó a llamar para que consuele a su hijo.

—Anda, pues, hijo, a consolarlo. El niño no tiene la culpa.

Usted no ha oído esto, señora Matilde, pero yo a quien usted estrechó la mano, sí lo he oído.

Usted es muy joven y muy rica para comprender, señora Matilde.

V. CARTA A MARA

do Murillo, el ronroneo de la máquina de coser de mi madre. Yo estaba de pie ante ella. Ella me sonreía.

—Vengo de donde su esposa.

—Mi madre sonreía, siempre tristemente.

—Me mandó a llamar para que consuele a su hijo.

—Anda, pues, hijo, a consolarlo. El niño no tiene la culpa.

Usted no ha oído esto, señora Matilde, pero yo a quien usted estrechó la mano, sí lo he oído.

Usted es muy joven y muy rica para comprender, señora Matilde.

V. CARTA A MARA

Mara:

No tengo valor para hablarte y debería hacerlo. Pero temo a tus grandes ojos húmedos, color de madera rojiza ojos de agua, transparentes, sobre tierra roja. Sé que nada me dirías. Que apenas bajarías tus párpados, lentamente, varias veces. Sé que me comprenderías ¿y cómo no iba a ser? Pero es a eso que temo. A tu dolida serenidad. A tu angustia serenada. Tú eres de las que todo esperan, nada te sorprende. Yo te conté mi vida creyendo decirte una tragedia singular. Mas, tú eras como mi madre. Y peor. Porque ella me conserva y te fué robado tu hijo.

Mara: ¿Cómo decirte? ¿Qué cosa estrecha es a veces la palabra! ¡Mara! Yo conozco tu piel verdiblanca de mate, carne color de agua de mar. Una tarde, sin esfuerzo alguno, se tocaron las yemas de nuestros dedos. Y no nos sorprendimos. No lo intentamos pero lo esperábamos. Tú sonreíste. Tu suave sonrisa, plácida, no era alegre. Tú no eres alegre. Siempre eres dolida. Pero esa tarde en tu sonrisa había la vaga, la distante sonrisa de un niño, triste como tú y yo.

Y es por eso que te escribo. Luego de esa tarde, en que no sentíamos ni el ardiente sol amarillo como sabana en octubre, ni el calor denso; en que sólo yo veía tu risa suave, dulce, amargada, y sentía tu cálida piel en las yemas de mis dedos, he pasado mis noches desveladas, trémulo como una llaga, sintiendo el horror de saber que tu sangre y la mía se harían carne. Cómo he atendido a tus ojeras lilas! Qué terror en tu dulce mirada resignada!

Lo he visto, Mara. Yo, que debo caminar por los pobres barrios cañizos de Guayaquil, lo he visto. Ese era nuestro niño. Ese era. Estaba al fondo de un patio mojado. El sol entraba apenas como un tajo violento. En su luz bailaban desenfrenadamente no sé qué partículas. Lavaban mujeres en el patio. Y no cantaban como la chica que lava en nuestro patio. Chillaban algunas mujeres castigando a sus hijos, oí un látigo flagelar las carnes de un niño. Yo lo sabía. Pobres carnes pálidas casi nada más que piel, carne cundida de charras, llagas, mugre, tierra y con ausencia de sangre. El niño que estaba al fondo del patio tenía una cabeza inmensa que oscilaba como una rama de naranjo recargada de frutas. Estaba sentado.—¿sentado?—Desde sus orejas, a donde habían ascendido no sé cómo, salían sus brazos largos, flacos, casi como alambres, temblando, Sus piernas torcidas estaban increíblemente dobladas, de tal forma que sus talones se juntaban sobre su sexo. Tenía una viscosa mirada sobre la que se estrellaban las cosas. ¿Las veía el chico? Cuando oyó latiguar al otro, se dilató en sus pupilas un espanto tan grande, que no podría decir si aquello era humano o animal. Jamás he visto otra cosa así. Aquello será visible tan sólo en los naufragios o en los incendios. No. También la he visto en los ojos deshumanizados — ¿sobrehumanizados? — de los moribundos.

Y sentí el horror como materia resbalando por todo mi cuerpo. Debo haber presenciado ese cuadro muchas veces. Vivimos tú y yo en una casa de cuartos para alquilar. Pero solamente ahora lo ví. Es que las cosas no son visibles sino cuando las sentimos.

Mara, es por eso que temo. ¿Cómo nutriríamos a ese niño? ¿Cómo cegaríamos su pupila ante un patio de

covacha o de casa donde alquilan cuartos? Un niño es tan poca cosa! Y el horror elimina a los hombres maduros!

Luego, lo he visto caminando por las calles. Descalzo, con el pelo cobrizo, desmañado, mugroso, mirando todo sin asombro. Mas, no con tu clara y triste mirada comprensiva, sino con una desleida mirada cínica.

Yo he velado el cadáver de un hombre que había sido mi padre. Nunca en su vida, tuve de él noticia alguna y muy menos la cariñosa noticia de un padre. Alcancé su muerte y estoy seguro que lo último que vieron sus ojos espantados fué mi cara. No supo nunca que yo era una llaga en media noche cuyo mayor ardor era una maldición contra él y contra mi vida. Cuantas veces en esa tremenda soledad de media noche, aterido, empavorecido, ante la inmensa pregunta que brota de un hombre, ante el ¿qué soy? ¿por qué soy?, maldije la rijosidad de mi padre. ¡Ah, no! Yo supe esta verdad aplastante y si el llanto no brotó de mis ojos fué porque estaba tan aterrado que no podía llorar. Mi padre no quiso que yo naciera. Ese hombre no amó a mi madre. Alguna vez en su machedumbre, halló su frescura virginal. Y lo que más odió en ella fué su fecundidad.

Yo no lo quiero, Mara. Te amo, sí. Pero del amor viene un niño. Un hombre. Un triste hombre atormentado como yo, un hombre dolido como tú. Con la maldita herencia de la tristeza, del desánimo. Y no tendríamos valor para enseñarle a odiar. Y talvez, a solas, su odio sería para mí. Y no quiero que por amarnos venga a la vida un hombre desnutrido y atormentado como yo, Mara. Un hombre, un hombre! Tan fácil decirlo, qué tremendo comprenderlo!

¿Qué hacer, Mara? Tengo veinticinco años. Tienes

veintitrés años. ¿Qué hacer, Mara? Yo te siento llegar a la casa. Te me anuncias con tu perfume de carne mojada. Te veo menuda, elástica, ágil, caminando con tu breve paso. Pero tus grandes ojos color de agua sobre tierra ocre, tus ojos serenos y abiertos, tu pelo retozón; tu piel color de luna sobre agua. Y tu hablar. Y las yemas de mis dedos obsesionados por el terciopelo vegetal de tu piel. Pero en tu mirada honda y en tu lejana risa atormentada ha asomado la vaga presencia de un niño. Es un lazo, Mara, que no une, cuando se es como nosotros. Habla con mi madre. No puedo hablar contigo. Tengo miedo. Habla con mi madre. Yo soy su experiencia. Pero tú tienes la tuya.

VI. DELIRIO

La tinieblas son como un gran murciélagado guiñado no sé de dónde. Tiene las alas abiertas. Como el vampiro está aleteando suavemente. Siento su abanicar helado.

Estuve de paso al servicio higiénico por el dormitorio de José María, el estudiante de leyes. — Estaba dormido boca arriba. Sus labios hinchados, el superior estaba montado sobre el inferior y su respiración lo levantaba asemejando el estornudo de un caballo. Tenía un ojo redondo, abierto. Estaba dormido, pero la parálisis que le afecta la cara no le permite bajar el párpado; y queda su ojo redondo, rojo, inyectado, sanguíneo; la pupila torcida buscando el párpado. Vidriada, opaca, sin ver. Un ojo muerto y sanguinolento. El ojo del murciélagado que me mira insistente, frío, impávido. Es gelatinoso y está abierto en media noche como una herida en el pecho de un negro.

Pero yo me levanté porque no podía dormir y estoy con fiebre alta.

Oigo un grillo timbrando en mis oídos. Me estoy paseando en el cuarto de José María, de centinela de su ojo. Si me voy, me horrorizaría, quiero ver su ojo. Es un ojo con cáncer. Así está de violado. Pero es rojo, estriado de vasos rojos como hilachas de sangre coagulada. Es como el ala perforada de este vampiro inmenso.

Mas, yo he visto esa mirada antes de ahora. ¿Dónde he visto esa mirada en media noche? Todo es oscuro. Nada se ve. Todo se oye: el viento que viene arrastrándose como culebra por las rehendijas de las puertas y va arran-

cando los pedazos de papel de las paredes. Se oye a este ojo que respira. Un ratón está jugando en la puerta de su hueco. Un hombre va por media calle, tan sólo, que sus pasos lo inundan y lo delatan. Pero allá lejos, hay una guitarra amarrada a una canción aguardentosa.

¿Dónde ví ese ojo?

Me duele el cerebro y me arden los labios. Estoy caminando aquí cerca de este ojo. No quiero reposar. Hace un momento me acosté y vino el murciélagu. Creí que me estaba durmiendo y era algo peor. Quiero caminar. Caminar sobre el asfalto de una calle negra y brillante de noche, y larga, larga como un grito de parturienta.

Y aquí estoy. Ya recuerdo donde ví ese ojo, sangui-nolento como un muñón. Estaba junto a ese mismo ronquido. Si ése es el ojo de mi padre asesinado! Allí está, con su ronquido agónico.

Por eso está aquí ahora. Antes de ayer estuve donde doña Matilde. Ya no llora tanto su viudez y se está acostumbando a mis visitas. Se está acostumbrando, Dios mío! Usa un vestido negro como el marco de esta noche. Así brilla, ajustado sobre su blanca carne dura.

Sus vellos rubios parecen escoria regada, arena a pleno sol. Es blanca, luminosa. Su carne es fragante. Camina a largos trancos y el vestido la ciñe toda, como la noche a una llama.

Yo he pensado, cuando la he visto, en mi padre. No quisiera escribirlo. No quisiera.....

¿Por qué escribo este delirio mío?

¿Por qué escribo todo lo que pienso y lo que hago?

Siento que la fiebre ha bajado. Tengo sed y cuando bebo, el agua es amarga, tibia. La cabeza está abrasada por un ardor que sale de ella como una llama. Siento las ma-

nos calientes, pesadas. Desearía estar acostado y dormir.
Pero estoy sentado, escribiendo.

Doña Matilde estaba la otra tarde leyendo. Era en el corredor ancho de su casa. Allí no entran los ruidos de la calle. Nada más que el sol se entra por él, oblicuo, como una guillotina, brillante y luminoso. Mas, no es amarillo, porque en los barandales hay helechos, grandes helechos de largas cabelleras verdes, nutridas. Son como una reja. Y el sol se vuelve acuoso. Uno se imagina estar en una cueva marina. No corre viento ni hace calor. — Se siente fresca y al mismo tiempo un cálido sopor. Provoca cerrar los ojos y adormecerse. — Estaba ella leyendo, sentada en una perezosa.

Tenía sus largas piernas fuertes cruzadas, apretadas bajo el velillo transparente y sedoso de las medias. — Su negro traje de viuda la ceñía, oscureciéndose y aclarándose, brillando y opacándose, sinuosamente en su cuerpo sinuoso. Sobre la falda un libro. Una mano aplastaba delicadamente las hojas. La otra bajo la cara inclinada. Gorjeaban los canarios almohadonando el silencio.

Cuando supo que yo estaba allí, pestañeó y siguió leyendo. Entreabrió los labios, deglutió y aún no me miraba. Había subido yo, despacio, sin anunciarme. Pero ella sabía que yo estaba allí. — Quería que me anuncie y la hable. Yo estaba callado, de pie, todo vestido de negro. Nuestro luto, que nos unía, era por el mismo ser, que nos separaba aún luego de muerto. Y hablé, dando las buenas tardes. Ella alzó la vista como si no se sorprendiera de mi llegada. Yo quería verla hecha la sorprendida, fingiendo no haberse dado cuenta de mi llegada. — Pero nó. Se quedó quieta, mirándome sin pestañear, sin sonreír, sin demostrar fastidio.

—¿Por qué no se sienta? Albertito ha salido. — Lo mandé donde el dentista, porque ha pasado la noche horriblemente adolorido.

Respondí las cosas que se deben responder, mamá, sabía de qué hablar. Insinué despedirme. Pero me detuvo —¿Por qué no lo espera? No debe demorar un momento. Y se quedó sin leer, mirándome. Yo no atiné a sonreírme porque sentía que su frialdad no le venía naturalmente. Y sabía que me estaba odiando. — Acabo de escribir odiando y he mentido. He mentido como entoncec como siempre y debo escribir la verdad. No me odia. A parece demasiado a mi padre para que ella me odie. A detesta por mi madre. Cuando me ve sabe que mi padre le dicho las mismas palabras amorosas a mi madre. Sabe que la ha besado en largos éxtasis de amor. Ella conoce cómo abrazaba y acariciaba ese moreno Alberto. Ella sabe y por eso odia a mi madre que también sabe eso.

Ya estoy escribiendo otra vez. Me había dormido. Pero tengo que escribir. Tengo que escribir.

Cuando estaba esperando a mi hermano pasó un momento. — Ella primero llegó desnuda de todo fingimiento con una mirada larga. Se le quedó prendida de mí. Y todo lo que me pasó se le pasó. Y la ví transparente como el agua de un vaso. La miraba de una mujer enamorada la ve, la da, la entrega antes que sus labios besen y que sus manos acaricien. — Ella me miró así, y su nariz se agitó como si hubiese corrido. Y sus manos blancas aletearon sobre su ropa negra como canchales que volaran de noche. Sabía yo que iba a levantarse que llegaría donde mí. — Yo quise ir donde ella. Pero bajé los ojos y tumbé mi cabeza sobre mi pecho. — Sentía que me miraba. De pronto sus manos deberían llegar hasta mi cabeza. — Pero no. No! ¿Cómo podía ser?

Padre: Yo no recuerdo de Ud. más que sus agonizantes ojos sanguinolentos. Nada más. Ud. siempre estará mirándome porque en sus pupilas se llevó mi retrato. Yo es-

toy casi eterno en sus pupilas. Porque luego, los gusanos roerán sus ojos. Se nutrirán de ellos. Allí se acabará mi existir en Ud; pero Ud. está más en mí. En esta noche su pupila está presente. Aquí está como la herida de un murciélago. — Me mira. Me mira.

Pero no puede ser. Yo tengo fiebre. — ¿Es verdad lo que yo ví en los ojos de ella?

VII. UN NIÑO LORO A MEDIA NOCHE

¿Por qué ríe la madre luego que ha sufrido al desgrarrarse por un hijo? ¿Por qué ríe esta madre, abandonada del hombre que la fecundó? ¿Es tan intenso el placer de la maternidad? ¿Es que, luego de un dolor tan espantoso, luego de un esfuerzo tan humano que parece divino, nada es mejor reposo que esa sonrisa tranquila, que esa paz extendida sobre toda la mujer y que llena toda la habitación y todos los seres que la rodean?

No he visto la mujer que alumbró anoche. Pero la he oído. Dormía. Entre el velo del despertar he oído un alarido largo, ululante, único. Después, gemidos, como si el grito se lo contrajera igual que un puño. Gemidos de un ser que soporta un dolor hecho para gritarlo, pero que lo aprieta, lo domina. Y después, otros alaridos. He sentido erizarse todo mi cuerpo. El terror me venía no sé de donde. Anhelaba huir de este martirio, pero algo me retenía. Estaba obligado a escuchar. A atender.

Un alarido mas espantoso, un grito envuelto en una gran esfuerzo, ronca la voz, hecha con todo el cuerpo. Y un llanto infantil. Un recién nacido cuyo encuentro con la vida, con la noche, con el frío, con la sangre derramada, con las manos extrañas, con el aire, con las respiraciones anhelantes, lo hace llorar.

No mas lloró la mujer. Debe haber cerrado los ojos. Estaría abatida. Fatigada. Adormitada. Comenzaría a ser como un cielo después de una tempestad. Como un volcán, extinguiéndose.

Entonces, desde una alegría más remota que su do-

Por más intenso, surgiría esa sonrisa que nunca aprenden las mujeres y que sin embargo la saben. Todos sonreirían. Buscarían el parecido del bebé con alguien. Tal vez se pareciera al padre, pero los prudentes lo callarían. Acaso, la madre de esta mujer sentiría un cariño nuevo, inédito, por ese nuevo niño. Y de sus ojos caerían lágrimas, silenciosamente, por sus mejillas estriadas, flácidas. Iría con el niño a arrodillarse junto a la cama de la parturienta, la besaría y, juntas, llorarían arrebatando la alegría de todos los que habían reído porque nacía un niño. Pero ellas también, muy juntas, entre su llanto, reirían, porque más fuerte que todo es la alegría de un nuevo ser.

Me figuro al abuelo, ese viejo enjuto, de camisa planchada, de pelo ralo y cenizo, de bigotes pequeños y "chiva" a lo Alfaro. Estaría sentado en un ángulo de la habitación, con la cabeza caída, las manos entre las rodillas. No hablaría. No fumaría. No lloraría. Triste como un silencio de velorio.

Cuando terminaron los trajines, he vuelto de mi terror. Ya no podía continuar en mi sueño. Y, como siempre, para sacar mis angustias, he comenzado a escribir. Solo que ahora, quiero hacerlo enseguida. No puedo tener esto mucho tiempo en mí.

¿Por qué nació este niño? ¿Por qué he nacido yo?

Si pudiera, gritaría. Gritaría que también he anhelado ser padre. Que también he querido reír un día, encontrar en un niño mi misma cara, mi mismos ojos, o la cara bella, morena, de Mara. Pero tuve miedo. El mismo miedo que me dá este niño al que he oído nacer. El mismo miedo que me tengo.

Un hombre desvelado es una llaga en el corazón de la noche. Y yo soy un hombre despierto y atormentado.

¿Por qué pienso tanto en el niño que acaba de nacer? ¿Qué tengo que hacer yo en esa vida? ¿Qué debe importarme un hombre mas que haya nacido en cualesquiera situación?

Sin embargo me ha traído el recuerdo de Eudoro Marengo.

Veo a Eudoro Marengo, ese muchacho fuerte, alto, rojizo como un guayacán. Tenía color de mate y una sombra gris era la barba siempre rasurada. Su pelo era negro y ensortijado, fino, envolviéndose en resortes pequeñitos. Este era su tormento. Lo llamaban "Zambo". Supe que sufría, porque varias noches se me allegaba para contarme sus cosas. Buscaba la manera de alisar su pelo. Usaba vaselinas baratas porque no tenía para cosméticos finos. Pasábase muchas horas con el zamberío metido bajo un gorro hecho de medias viejas a fin de que su pelo no saltara rebelde. Como no tenía mas que un terno de casimir, lo cuidaba mucho. A escondidas, — no gustaba ser visto — y en paños menores, lo limpiaba y aplanchaba él mismo. Había aprendido a zurcir y lo hacía con una habilidad realmente maestra. De ciertos retazos de la tela que conservaba, extraía hilos. Pacientemente, zurcía lo enrarecido de tanto frotamiento. Luego, lavaba y aplanchaba. Cuidaba sus pocas camisas, para que siempre estén limpias y relucientes. Ahorraba real por real hasta hacer la cantidad necesaria para mercarse una cajetilla de cigarrillos norteamericanos. Solía ir a pararse en las esquinas de las calles en que pasea la gente bien. Venía donde mí a hablarme de esas mujeres hermosas, vestidas de sedas, perfumadas, insinuantes. Sabía de memoria sus nombres, sus costumbres, sus chismes. Me los relataba nombrándolas con el nombre de pila, como si se tratara de frecuentados amigos. Se dolía de sus absurdas tragedias sexuales. Yo lo escuchaba casi espantado. Alguna vez le insinué la necesidad de que trabajara, por que muy a menudo con mi dinero compraba sus cigarrillos finos. Me respondía que le agradaría sobremanera hacerlo

en algún banco, porque allí ganaban la vida Fulanito, Zutano y que sería excelente ocasión para enrolar y adquirir roce social.

Cuando Marengo se iba, comenzaba yo a pasearme. No sé que palabras andaban irritadas por mi garganta. Este mequetrefe hábilmente dañaba mis ratos de lectura, de escritura, de estudio. Por que llegaba siempre muy atormentado. Veía sus ojos negros opacados, sus párpados grises, caídos; todo él derrumbado, triste, angustiado.

—No tengo trabajo.

—Pero..... ¿Y el puesto ese en el Municipio?

—No, no me agrada. Allí no se hace carrera.....

—Sí, claro, está bien; pero, cógelo momentáneamente; después verás otra colocación mejor.

No. El que cae allí, allí se queda. Eso es como la rueda de un trapiche. Si pudiera conseguirme quien me palanquee un puesto en el Banco.....

Denominaba "El Banco" a una de las instituciones bancarias más fuertes del País y en cuya central de Guayaquil trabajaban muchos señoritos. Entiendo que esta era la manera de llamarlo entre ellos.

Mas, una noche en que había yo comenzado a escribir entró radiante. Su pelo alborotado no volaba porque lo había entiesado con vaselina. Me cogió por los hombros, me puso frente a él, se rió con su boca rasgada, de labios finos.

—Venga, hermano, un abrazo.....

Me palmeó las espaldas. Me apretó contra sí. Me separó y miró y volvió a reírse.

—Qué? ¿Ya encontraste trabajo?

—No, hombre, algo mejor. Ya me resultó la chica.

—Vaya, vaya, eso está bueno. Alguna empleadita, supongo..... Son muy buenas chicas.....

—¿Empleadita? ¡No, hombre! ¡Qué vá! ¡Una cosa macanuda! Es la Fulanita.

Pronunció no sé que apellido de esos sonoros, Arrizábal, Elizalde, Caycedo, Goytozolo, Luque, Arrarte, que de tanto oírlo los había aprendido yo también.

Esta noche tengo presente aquella. Había un sopor de invierno. Se oía grillos pespuntando la ciudad. Los tranvías pasaban sonando, reseco sus ejes. Parecía que sobre la ciudad adormitada pesara un velo denso. Ni una canción de borracho se filtraba a través del calor. No soplaba ningún viento.

Eudoro Marengo estaba sentado en mi hamaca fumando. Vestía su traje blanco — tenía ahora varios —. Olfía a perfume caro. Ya trabajaba en el Banco. Pero fumaba mucho y estaba silencioso. No tarareaba ni silvaba. Yo estaba atento.

Sentía que él estaba como la atmósfera, cargado de alguna tempestad. Sus ojos se iluminaban a ratos por el relámpago de una lágrima. Desató el nudo de la corbata y lo bajó del cuello. La sangre andaba tan precipitada que arrollaba las venas. Comenzaban las de la frente a pronunciarse, curvadas, congestionando las sienes. Aún no hablaba. Yo esperaba. ¿Sino, para que había venido donde mí

Un desfalco. Necesidad de que le consiga dinero. Lo había tomado por que pensaba reponerlo. Pero no podía. Había tenido compromisos. ¿Qué haría yo? Por pasear en automóvil, no se roba. Por arribar, no se roba. Por vestir bien, no.....

—Oye, Emmanuel..... tu también eres.....

Sorda la voz, era un grito. Con el pelo caído, el cuello de la camisa abierto, los ojos llenos de un llanto que ardía en sus pupilas y mas adentro, que lo escuecía como a-

guardiente puro, habló, habló.

Los hombres aman. Una paz de mar en calma, crece sobre la superficie de ellos. Las manos se vuelven de seda al contacto de la piel de la hembra. ¿Habéis visto los jazmines florecidos? Ahí es la piel de la mujer amada. ¿Habéis oído los canarios en el amanecer? Así habla. Id. en paz, ligeros como una palabra de alegría.

Eudoro Marengo: No puedo seguir narrando tu tremenda cosa. Pero quiero hablarte esta noche, que, junto a mi cuarto ha nacido un niño, que será como tú, de torpe y crédulo. Porque tu creías en el amor. Creías en las buenas cosas del amor. Yo no. Yo soy un argumento contra el buen amor. Y tú también, y el niño que ha llorado a esta media noche. Mirémonos y oigamos las cosas que las gentes dicen del buen amor. Tu mismo, habla, cuenta lo que te rompió la vida como una guadúa. Cuéntalo sereno, como un hombre.

¿Te acuerdas bien de lo primero que te dijo esa mujer? No lo querías creer. Jugando con su maravilloso collar de perlas, te habló de los hijos naturales. Claro, a ella no le importaban los hombres de orígenes humildes, si habían sabido subir desde su miseria hasta sus enemigos y hacerse sus amigos. Pero, ¡bueno!, esos cuyos orígenes son dudosos. ¿Quién puede decir nada de las madres de ellos? Cualquiera rato asoma la historia de mujer liviana. Y tu, Eudoro Marengo, oías lo que estaban diciendo de tu propia madre y asentías y reías. Y amabas esa voz que lo decía. Pero la tristeza es como la mala yerba de los arrozales. Comienza a crecer sin que se sienta y, de pronto, ahoga. Así veniste donde mí. A preguntarme, ¿Por qué? Esa es su ley. Rígida y fría como un muro. Nadie intente traspasarla. Yacer con una hembra bajo la autorización de la ley, da hijos buenos, hombres sanos, seres superiores. Violarla y

fecundarla y olvidarla, da hijos degenerados, torpes, cretinos. Como tu, Eudoro Marengo, como yo; como el niño que ha nacido ahora. Tu lloraste ante mí. La amabas. Creías que eras, realmente, inferior. Sentías en ella un ser puro.

Te boté de mi cuarto, te negué mi mano. No pude soportar tu tragedia. Yo he sufrido con Mara, he callado ante Matilde, la esposa de mi padre, porque eso es terrible: ama en mí a él. Y mi madre está aquí: no puedo traicionarla. Pero tú, Eudoro Marengo, eres asqueroso, ¿Por qué llorabas? Tu renegabas de tí, de tu padre, de tu madre. Me dijiste que ella, tu madre, era una puta, y que tu sufrías sus coquetorías. La veías divirtiéndose, bailando, gozando con tu padre. Te sentías concebido entre una orgía, mientras estaban ebrios de alcohol y de pasión. Tu, lo dijiste, y yo oí salir las palabras de tus labios.

El rato que tu naciste, debe haber sido igual a este en que nació el niño de mis vecinos.

VII. — CARTA A MI HERMANO ALBERTO

Hermano:

No fué la misma entraña, trémula y cálida, que hiciera carne la cal de nuestro padre; algo de su sangre anda revuelta por nuestras venas. Oscura y vertical, de su agonía impronta, mezclada a tu llanto y a mi dolor desorientado, una tarde creció entre nosotros la verdad que no nos atrevíamos a hacer palabra:

—Hermano.

Y mientras los brazos tuyos y míos querían alzarse, aptos para el abrazo, la misma fuerza de amor de nuestro padre, era un camino hacia los adioses, terminante como acantilado.

¿Cómo podríamos deshacer estos silencios? El es en ellos como en nosotros. Nuestra palabra es lo que nos junta. Y su ausencia es porque estamos alejados

Eres casi un hombre, Alberto. Crecistes tal que algrrobo, sin sombra ni sostén. Pero no necesitabas fronda porque a tu vera nadie escamparía. El padre faltaba, más que a tu vida, a tus ilusiones. Era así mejor. Jamás llegaría para tí la terrible hora de su muerte. Cuando cojes el polvo en la mano y lo ves, sabes: aquí hay hueso, sal, sangre, palabras, cal. Esto ha sido hombre. Mas siempre queda el calor y la fuerza móvil en ese alboroto que es la tierra disgregada y errante. Pero cuando, un día, el padre aparece sin velo ni cobertura ante la sabiduría y el juicio maduro del hijo, ya no brazo fuerte para su debilidad ni valentía para su temor; sino hombre al alcance del TU, comienza a morir

Antes de lo último, ¿podrías acompañar a Mara para que me despida? No sé — y me pesa sobre el pecho como la tos — si en su intimidad mi sangre está haciéndose hombre. Y necesito su ausente mirada, serena, vaga, como un horizonte. Y su palabra honda, de terciopelo. Quiero verla, de seda, pequeña, llena como una flor madura. Necesito un llanto para que el mío no sea tan árido y áspero de soledad.

Te espero. Debes venir. Tu fe en mí es mi fuerza. Estoy ante un destino que me ha sorprendido. Ha llegado de pronto, tal que una explosión. Apenas siento como una gran curva en mi vida, a semejanza de si doblara una punta en la costa del mar. Estoy ante un destino fuera de mi alcance. Voy hacia alguna parte, a cuyo fin — quizás — desolada, inevitable, esté la muerte, alerta como arena movediza, serena y en calma. O, talvez, la vida, erecta, como una mujer de quince años, nueva y temblorosa. O quizá... ,....

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA EDICION EL DIA 1º DE OCTUBRE DE 1939 EN LA PRENSA MARINONI DE LA EDITORA NOTICIA S. A.

Antes de lo último, ¿podrías acompañar a Mara para que me despida? No sé — y me pesa sobre el pecho como la tos — si en su intimidad mi sangre está haciéndose hombre. Y necesito su ausente mirada, serena, vaga, como un horizonte. Y su palabra honda, de terciopelo. Quiero verla, de seda, pequeña, llena como una flor madura. Necesito un llanto para que el mío no sea tan árido y áspero de soledad.

Te espero. Debes venir. Tu fe en mí es mi fuerza. Estoy ante un destino que me ha sorprendido. Ha llegado de pronto, tal que una explosión. Apenas siento como una gran curva en mi vida, a semejanza de si doblara una punta en la costa del mar. Estoy ante un destino fuera de mi alcance. Voy hacia alguna parte, a cuyo fin — quizás — desolada, inevitable, esté la muerte, alerta como arena movediza, serena y en calma. O, talvez, la vida, erecta, como una mujer de quince años, nueva y temblorosa. O quizá... ,....